
ROMANCE DE CÓPORO.

LA MADRE DE LOS RAYONES.

(1817.)

I

Entregado á la borrasca
De sus tristes pensamientos,
Como el acíbar amargos
Y como la noche negros,
Don Ramon Rayon se encuentra
De Cópore en el asedio.
Treinta veces vió á la luna
Reaparecer en los cielos,
Y en cada vez el destino
Se le mostró más adverso.
Se vieron como esperanzas
La matanza y el incendio,
Y la muerte y sus horrores
Llegaron á ser consuelos.

El bravo Martin Aguirre
 Terrible estrechaba el cerco,
 Y eran ruinas y cenizas
 Los circunvecinos pueblos.
 Entre espantosos escombros,
 Entre despojos sangrientos,
 Surgian medio desnudos
 Animados esqueletos,
 Con la locura del hambre,
 Rabiosos por lo sedientos;
 Mas con el fusil al hombro
 Y oyendo el toque de fuego,
 Se animaban entusiastas,
 Honra y gloria dando á México.
 En los terribles asaltos,
 Aquellos héroes soberbios,
 No teniendo municiones
 Y de espadas careciendo,
 Viendo acercarse el peligro,
 Todos ira y todos nervios,
 Se trepaban á las rocas,
 Las socavaban intrépidos;
 Lanzándolas como rayos,
 Y con ellas descendiendo.
 Miéntas tanto, entre las quiebras
 De los peñascos tremendos,
 Agonizante el herido,
 Y agua con fervor pidiendo,

Moria junto á la madre,
 Que hallando exhausto su seno,
 Al verlo morir, rasgaba
 Con ambas manos sus pechos
 Pero todo se olvidaba
 Si alzando la vista al cielo
 Se miraba la bandera
 De Hidalgo, el ala tendiendo,
 Como bendicion divina
 Y como sublime premio.

 II

EL HÉROE.

En reducida barraca
 De ramas y rotos lienzos
 Por el polvo y por la lluvia
 Medio podridos y negros;
 Con una tabla por mesa
 Apoyada en unos leños,
 Y con piedras y ladrillos
 Formado inseguro asiento;
 A la luz de una lumbrada,
 Intermitente luciendo,
 A Rayon se contemplaba
 En hondo desasosiego,

Cual se revuelve en su jaula
 Con fiebre el leon soberbio
 Cuando burla sus furoros
 Implacable carcelero.
 ¿Cuál es la causa funesta
 De tan horrible tormento?
 ¿Por qué á ese hombre de granito
 Doblega el dolor intenso?
 ¿Por qué se alza enfurecido?
 ¿Por qué sucumbir le vemos,
 Y se ve en sus ojos llanto
 De la llama á los reflejos?
 La causa dice esa carta
 Que repasa veces ciento,
 Y que la estruja y la deja
 Y la sustenta con miedo,
 Desgranando letra á letra
 Su contenido siniestro.
 En ella el Virey le dice
 Sin precaucion ni rodeos,
 “Que su hermano don Francisco
 “En su poder se halla preso:
 “Que si libertarlo quiere,
 “Rinda Cóporo al momento;
 “Y que si rehusa obstinado,
 “El patíbulo tremendo
 “Proclamará su dureza,
 “Predecirá su escarmiento.

“¿Cómo—gimiendo decia—
 “Al cielo inclemente plugo
 “Que yo compulse al verdugo
 “A verter la sangre mia?
 “¿Cómo mirar su agonía?
 “¿Cómo, con furioso intento,
 “Entregarlo al escarmiento
 “Con alma desapiadada,
 “Hundiendo á mi madre amada
 “En orfandad y tormento?”

“Si luchar es mi delito,
 “Si exterminarte deseo,
 “Ven á mí que soy el reo,
 “A mí, ¡¡tirano maldito!!
 “Más ¿por qué no solicito
 “Yo solo tanto furor
 “Apaciguar? ¿Y el honor?
 “¿Y mi deber? ¿y mi ley?
 “¿Qué hago, ofreciendo al Virey
 “La vida de un desertor?”

“Pero ya hay sublevacion;
 “Los tormentos infinitos
 “Hacen que se pida á gritos
 “Tregua y capitulacion.
 “¿No me dice la razon
 “Con su imperio soberano,

“Que no es proceder villano,
 “Sino ántes un beneficio,
 “Evitar el sacrificio
 “De todos, y el de mi hermano?”

“¿Y abrigo tal pensamiento,
 “Yo, Rayon, yo, el insurgente?
 “¿Rompo el primero, demente
 “Mi sagrado juramento?
 “¿Este recinto sangriento,
 “No le dirá á la Nacion,
 “Un dia de redencion,
 “Con imponderable grito:
 “Huid del lugar maldito,
 “Que aquí traicionó Rayon?”

Y callaba, y con braveza,
 Y gemebundo, y sin habla,
 Daba golpes en la tabla
 Su atormentada cabeza.
 De pronto, y con extrañeza,
 Vió venir, poco distante,
 Una sombra, sombra errante:
 Se acerca duda se abisma;
 Es cierto es su madre misma
 La que está viendo delante.

Alta, pálida, terrible,
 Como aparecida en sueño;
 Ojo inmóvil, duro el ceño,
 Cual de mármol, insensible.
 Con acento imperceptible
 Le dijo: “Ramon, no llores:
 “Con tal que favor no implores,
 “Estarémos de concierto,
 “*Que yo quiero un hijo muerto,*
 “Y no dos hijos traidores.”

La vision desapareció,
 Y el héroe, recuperado,
 Con un pulso sosegado
 Tomó el papel y escribió:
 “No quise decidir yo,
 “Señor, de vuestros favores;
 “A mi madre, en mis dolores
 “Ví, y me dijo con acierto:
 “*Llorar quiero á un hijo muerto,*
 “*Y no á dos hijos traidores.*”

Y al saber esa respuesta
 En el Olimpo sagrado,
 Sonrieron *Guzman el Bueno*
 Y la madre de los *Gracos*.

SEGUNDO ROMANCE DE CÓPORO.

—
LA RIFA DE LA MUERTE.

(1817.)

Más negra que la fortuna
De los tristes insurgentes,
Es la noche pavorosa
Que está mirando mi mente,
Y á Cóporo se distingue,
Cual noble toro, que suele,
Herido en el vasto circo,
Orgullosa mantenerse,
Aunque sienta que la vida
Envuelta en su sangre riegue.
Silenciosas centinelas
De trecho en trecho aparecen,
Cual de macizos pilares
Haciendo toscos relieves.

De cuando en cuando se animan
 Y un flaco brazo se mueve,
 Dando el fusil en la tierra
 Para que sordo resuene,
 Y ronco el alerta diga
 Y exacto el alerta exprese.
 Es el silencio tan hondo,
 Que remeda el de la muerte;
 Y ni rumores lejanos
 Ni bullidoras corrientes,
 Ni el ladrar de can inquieto
 Hacen que el eco despierte.
 Las lumbradas moribundas
 En las cenizas perecen,
 O bien la cárdena llama
 De algun leño que se enciende,
 Alumbrando los semblantes
 De los que allí cerca duermen,
 Y que muertos insepultos
 Por lo extenuados parecen.
 Don Ramon Rayon, en tanto
 En su tienda permanece,
 Abrumado, silencioso,
 Sin esperanza y doliente.
 De saber el triste acaba,
 Que unos soldados y jefes
 Por capitular conspiran,
 Y proceder tan aleve

El corazon le destroza
 Y le barrena las sienes.
 Y es la situacion tan negra,
 Y el dolor es tan perenne,
 Y hace el hambre tal estrago,
 Que se le envidia al que muere,
 Y á quien con su propio llanto
 Logra el labio humedecerse.
 Sofocándole la pena,
 Aire codicia, aire quiere,
 Y se sale de su tienda,
 Porque enloquecerse teme.
 Cual sombra, el campo recorre,
 Cautamente avanza, y se detiene
 A orillas de precipicios
 Que aquella plaza guarnecen,
 Y que forman con las rocas
 Inaccesibles paredes.
 En una arruga que abriga
 Unos tulares agrestes,
 Oyó cual rumor siniestro,
 Que acento humano parece.
 Acércase sin ser visto,
 Paso y aliento contiene;
 Apénas se oyen las voces,
 Y son voces de mujeres.
 Se arrima, y escucha claro
 La discusion que mantienen

Cual quien escucha á sus plantas
 Víboras de cascabeles:
 Escuchemos lo que dicen,
 Aunque no pueda creerse.

“ ¡Oh! no es que cobardes esquiven la lucha,
 “ ¡Oh! no es que volubles no quieran sufrir,
 —Exclama el acento;—pero es que destroza
 “ El alma, sin lucha, por hambre morir.”

“ Y bien—otro acento con ira replica—
 “ ¿Verémos nosotras al fiero español
 “ Triunfante, y aquellos que tiernas amamos,
 “ Besando sus plantas sin patria ni honor?”

“ Perezcan primero, primero incendiemos
 “ El parque, primero muramos aquí;
 “ Primero lanzados á mútua matanza
 “ Salvemos nuestra honra con cruel frenesí.”

Y erguida muchacha de suelto cabello,
 De rostro de arcángel, de pálida tez,
 Con ojos que rayos despiden ardientes,
 Y acento que suena con raro poder:

“ Rifemos las vidas, señale la suerte
 “ Quién es de nosotras quien deba morir;
 “ Sus miembros, sagaces cual vianda sirvamos,
 “ Y así lograremos el hambre extinguir.

“ Seré la primera.”—Y entónces la llama
 De oculta lumbrada su rostro mostró,
 Augusto, terrible, feroz, dominante,
 Con todo el prestigio de maga vision.

Aquel pensamiento se acoge entusiasta:
 “ Juremos Juramos—el eco repite—
 En ser la primera cada una compite
 “ ¿Mañana?” Mañana funesto gimió

Volvió espantado á su tienda
 Rayon, miró sus papeles,
 Y anudó contestaciones
 Que ántes rechazó valiente,
 Y que de Cóporo altivo
 Determinaron la suerte
 Despues traidor le llamaron
 Hombres villanos y alevés
 Al mirar sobre sus canas
 La corona de los héroes.

ROMANCE DE LA MUERTE DEL GIRO.

(1819.)

Aquel Giro temerario
De los serviles azote,
Al embestir, cual torrente,
Y en la resistencia bronce;
Aquel adalid tremendo
Que en las batallas atroces
Giraba cual las gaviotas
Al soplar los recios nortes;
Aquel de quien dijo el pueblo
Rebosando de emociones:
“Para este no nació gallo;
“Donde él pinta no hay quien borre,
“Es la flor de los valientes
“Y el orgullo de los hombres;”
Éste, tras duras derrotas
Y de infortunios sin nombre,

Huyendo de Bustamante
 Y de sus huestes feroces,
 En la profunda barranca
 De *Laborcilla* ocultóse,
 Que es de Santa Cruz vecina
 Y que muy pocos conocen.
 Forman la barranca horrenda
 Quiebras y piedras enormes,
 Y un torrente sus entrañas
 Con sordo rumor recorre.
 Allí don José Castillo,
 Que es alférez de dragones,
 Encontróse con el Giro,
 Y allí la lucha trabóse.
 Era Castillo esforzado,
 Alto, fuerte como el roble,
 Extremado cual ginete,
 Y en las armas de renombre.
 El Giro es un indio altivo,
 De triste y humilde porte,
 Pero en sus ojos se advierte
 La llama de los leones,
 Y en su *cuaco* se trasforma
 En terrible y en feroce.
 Se acometen con la espada
 Luego que se reconocen,
 Y al chocarse formidables
 Ambos aceros se rompen.

Revuélvense los corceles,
 Iracundos y veloces,
 Al borde de los abismos
 Que miedo en las almas ponen,
 Y de las agudas lanzas
 La sangre abundante corre.
 El prieto que monta el Giro
 Un instante resbalóse;
 Eso aprovecha Castillo,
 Y asestando un fuerte golpe,
 Sepulta al Giro su lanza
 Hasta cerca de los topes.
 Al verlo tendido en tierra
 Fué á llamar á sus dragones;
 Miéntas el Giro relucha,
 La horrenda lanza zafóse,
 Y á su contrario provoca
 Con muy iracundas voces.
 De nuevo torna Castillo;
 La lid de nuevo empeñóse;
 El Giro está agonizante,
 Pero de pronto incorpórase,
 Y al implacable contrario
 Fiero el pecho atravésóle.
 Los soldados, que esto vieron,
 Dan al Giro alevés golpes,
 Gritando: "ríndete, infame;"
 Pero el Giro les responde:

“ ¡Que viva la Independencia!”
Al morir, como los hombres.
Disponen que su cabeza
A Salamanca trasporten,
Donde vió la luz primera
Este patriota sin nombre,
Cuya fama y cuyos hechos
Decir debieran los bronces.
